

De Guayaquil a Quito (Ecuador, 1929): algunas reflexiones acerca del documental fílmico de Carlos Endara Andrade

Michael Handelsman

Profesor Emérito University of Tennessee, Estados Unidos
handelsm@utk.edu

En mayo de 1929, el ibarreño Carlos Endara Andrade, quien desde hacía mucho tiempo había establecido su residencia en Panamá, país en que iba a distinguirse como un importante fotógrafo, llegó a Guayaquil para iniciar la filmación de un documental que recorrería el trayecto del ferrocarril transandino, el mismo que se había inaugurado durante el gobierno de Eloy Alfaro en 1908. Se entiende que esta película constituye uno de los pocos testimonios fílmicos de los inicios del siglo xx y, gracias a los esfuerzos de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador y El Colegio de América, sede Quito, se ha logrado rescatarlo del olvido y de la poca circulación que duró más de 90 años. Bajo la coordinación de Enrique Ayala Mora y Ana María Canelos, la restauración, digitalización y edición del documental fueron realizadas por Alex Schlenker; el estreno de la película restaurada fue en 2020.

*De Guayaquil a Quito (Ecuador, 1929)*⁶ consiste de tres partes: (1) la ciudad de Guayaquil, puerto principal del Ecuador, (2) el recorrido en tren desde Durán hasta Chimbacalle en Quito y (3) la ciudad de Quito, capital del país. Las tres partes del documental pretenden formar un testimonio orgánico de la vida de la época, una vida en pleno desarrollo hacia el progreso y la modernización. Con tomas panorámicas tanto de las principales urbes como de los extraordinarios paisajes del campo andino con sus volcanes y valles, Ecuador emerge como un país pujante, dinámico y prometedor; calles llenas de autos del año, gente vestida a la moda europea y estadounidense, grandes embarca-

6 Se puede acceder al documental en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=bkIXDP1wQqU>

ciones internacionales entrando a las aguas del manso Guayas y fábricas de textiles como la Internacional de Quito que impulsaba la industria nacional parecían augurar el éxito que Ecuador realizaría en el nuevo orden del capital internacional.

Hasta la gente más humilde captada por Endara Andrade se proyectaba como un sector en plena producción mientras llenaba los mercados y cultivaba los campos agrícolas a lo largo de la ruta del tren transandino, mismo que también se movía hacia un imaginado destino civilizatorio. Pero ojo, como advierte el historiador Guillermo Bustos en su reciente libro de historia nacional: *El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950*,⁷ «[l]as narrativas nacionales entrañan procesos de selección que iluminan, ensombrecen, reprimen o negocian significados y agencias históricas» (p. 194). Considero esta observación de Bustos altamente pertinente si se espera mirar *De Guayaquil a Quito (Ecuador, 1929)* con ojos críticos dispuestos a ver más allá de lo que se mira, según enseñaba el filósofo norteamericano, Henry David Thoreau (1817-1862).

De manera que, luego de admirar y disfrutar lo que el documental «ilumina», hemos de ponderar qué «significados y agencias históricas», consciente o inconscientemente, Endara Andrade terminó ensombreciendo y reprimiendo. Recordemos que los narradores de la película resaltan la posición socialmente acomodada que caracterizaba a Endara Andrade, el mismo cuyo trabajo fue solicitado por la gente de más poder y recursos de Panamá y del Ecuador. En efecto, todo lo que él filmó al volver al Ecuador en 1929 lo hizo a través de un lente sesgado y producto de unos intereses propios de las clases sociales del poder. Por eso, y con mucha razón, Bustos ha puntualizado: «La asignación de un determinado sentido al pasado fue una operación de disputa de poder y, por lo tanto, una actividad cultural y política a la vez».

Aunque no dudo del importante aporte a la memoria nacional que *De Guayaquil a Quito (Ecuador, 1929)* representa, ni tampoco ignoro las expresiones de júbilo de muchos ecuatorianos que han visto el documental y que se han registrado en YouTube, me parece necesario confrontar las ausencias de la película. No olvidemos que muchos y muchas artistas de la literatura y de la plástica de la época de Carlos Endara Andrade, juntos a innumerables activistas sociales, ofrecían otra panorámica nacional que sigue trascendiendo los límites de la película. Pienso en los aportes del Grupo de Guayaquil, Elysa Ayala, Pablo Palacio, Jorge Icaza, Camilo Egas, Eduardo Kingman, Tránsito Amaguaña y Dolores Cacuango, entre tantas personas más que completa(ba)n la compleja historia e imaginario nacional que el crítico Humberto E. Robles había puesto de relieve en su seminal ensayo, «Imagen e idea de Guayaquil: El pantano y el jardín».⁸

7 Quito y México: Fondo de Cultura Económica y Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, 2017.

8 *Caravelle*, núm. 69 (1997); para una selección importante de algunos ensayos que Robles escribió sobre Guayaquil, véase *Imagen e idea de Guayaquil*, VIII, Colección del Bicentenario de la Independencia de Guayaquil, Guayaquil, Club de La Unión, 2019.

Así que mientras los sentimientos patrióticos y la nostalgia por una época supuestamente perdida (o, si se prefiere, la añoranza por el extraviado y metafórico jardín) conmueven a los espectadores de hoy al gozar de la película, no se puede borrar del todo la emblemática representación del Guayaquil periférico tan elocuente y dolorosamente retratado por Medardo Ángel Silva en su crónica, «La ciudad nocturna» (1919): «La cárcel, el hospital, la morgue, el hospicio, el manicomio, esta es la ciudad doliente. [. . .]. Aquí viene el desecho, el bagazo lo que la urbe estrujó, y arroja, como los restos de un naufrago a la playa».⁹ Nada que ver, pues, con la exuberante hacienda de Jacinto Jijón y Caamaño en el Valle de los Chillos o con la majestuosa Avenida de los Volcanes hermosamente documentada por Carlos Endara Andrade.

Sin embargo, a pesar de las omisiones de época que he señalado en líneas anteriores, hay que reconocer la labor archivística que ha hecho posible la recuperación y restauración del documental testimonial de Carlos Endara Andrade. Además, aunque se pudo salvar desde Panamá en 2016 apenas sesenta minutos de un proyecto fílmico que consistía de varios rollos hasta ahora perdidos, *De Guayaquil a Quito (Ecuador, 1929)* sí consta como un importante eslabón en la (re) construcción del imaginario ecuatoriano de las primeras décadas del siglo xx. Por el momento, será imposible saber cómo esos materiales que faltan hubieran completado la visión que Endara Andrade esperaba presentar al público. Entretanto, entonces, no nos queda otra que complementar el documental testimonial con otros testimonios que, desde las demás artes, también nos transportan al pasado con sus múltiples pantanos y jardines.

9 Medardo Ángel Silva. *Obras completas*. Edición de Melvin Hoyos Galarza y Javier Vásconez, Guayaquil, Publicaciones de la Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2004, 497.